

de los placeres que me esperaban. Resolví, pues, continuar mi entremés, y muy resuelto á tener más firmeza, con tan bellas disposiciones, me fuí al día siguiente á la puerta del doctor entre once y doce de la noche y en medio de obscuridad tan grande, que no se veía brillar una sola estrella en el cielo. Maullé dos ó tres veces para avisar que estaba en la calle; pero como nadie bajaba á abrirme, no me contenté con empezar de nuevo, sino que me puse á remedar todos los diferentes gritos del gato, que un pastor de Olmedo me había enseñado, y lo hice tan al natural, que un vecino que volvía á su casa, teniéndome por uno de estos animales cuyos maullidos imitaba, cogió un guijarro que tropezó con los pies y me lo arrojó con toda su fuerza, diciendo: «¡Maldito sea el gato!» Recibí tan fuerte golpe en la cabeza, que quedé aturdido por el pronto y faltó poco para que cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas resultas y se cerró al cabo de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Mergelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, le buscase algún otro conocimiento, de lo que no me informé, porque nada me importaba, pues salí de Madrid para andar la España luego que me vi perfectamente curado.»

CAPÍTULO VIII

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojando mendrugos de pan en una fuente, y conversación que con él tuvieron

Contóme el amigo Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante; pero todas de tan poca importancia, que no merecen la pena de referirse. Sin embargo, me vi precisado á oírse las, y en verdad que no fué breve la relación, pues duró hasta que llegamos á Puente de Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel día. Hicimos en el mesón que nos dispusiesen una buena sopa y asasen una liebre, después de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del día siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo antes llenado la bota de un vino mediano y metido en las mochilas algunos pedazos de pan, juntamente con la mitad de la liebre que nos había sobrado en la cena.

Después de haber caminado cerca de dos leguas, nos sentimos con gran gana de almorzar, y habiendo visto como á doscientos pasos del camino un grupo de árboles que hacían sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio é hicimos alto en él. Allí encontramos á un hombre como de veintisiete á veintiocho años, que estaba mojando en una fuente algunos zoquetes de pan. Tenía á su lado sobre la hierba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido, mas, por otra parte, de buen rostro y bien plantado. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con igual cortesanía. Presentónos luego sus mendrugos mojados, y con cierto aire risueño y despejado nos dijo si éramos servidos. Admitimos el convite en el mismo tono, mas con la condición de que había de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen más abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó.

— ¡Oh, señores!, exclamó enajenado de alegría, verdaderamente que ustedes vienen bien provistos de municiones de boca, y se conoce que son hombres prevenidos y que miran lo venidero. Yo me fío demasiado en la fortuna. Sin embargo, á pesar del miserable estado en que ustedes me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago un papel muy brillante. Sepan ustedes que no pocas me tratan de príncipe y estoy rodeado de guardias.

— Según eso, dijo Diego, será usted comediante.

— Adivinólo usted, respondió el desconocido; por lo menos ha quince años que no tengo otro oficio. Siendo niño representaba ya ciertos papeles cortos, esto es, que tuviesen poco que aprender.

— Hablemos francamente, replicó el barbero meneando ladinamente la cabeza; tengo dificultad en creerlo, porque conozco bien á los comediantes y sé que estos señores no acostumbran caminar á pie, ni hacer almuerzos á lo San Antón; y me temo, me temo que si usted ha hecho algún papel, no habrá sido otro que el de encender ó apagar las lamparillas.

— Piense usted de mí lo que quisiere, respondió el histrión, lo cierto es que hago los primeros papeles, y comúnmente me hacen representar el de primer galán.

— Siendo así, repuso mi camarada, doy á usted la enhorabuena y celebro mucho que el Sr. Gil Blas y yo hayamos tenido la honra de desayunarnos en compañía de tan gran personaje.

Comenzamos entonces á roer nuestros regojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan frecuentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dejamos enteramente pez con pez, sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el silencio el barberillo diciendo al comediante:

— Estoy admirado de ver á usted en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdone usted si le hablo con esta claridad.

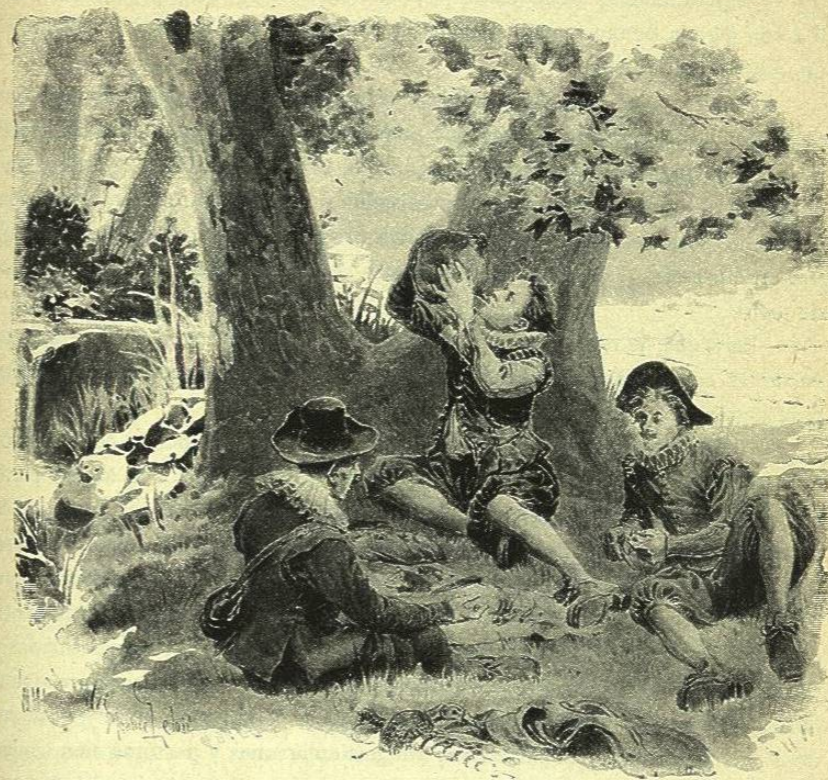
— Por cierto, replicó el actor, que se conoce que no ha oído usted hablar del famoso comediante Melchor Zapata, porque ha de saber usted que, por la misericordia de Dios, no soy de genio delicado. Me da usted mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque también gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y si no, miren ustedes esta ropilla.

Diciendo esto, nos mostró el forro de ella, que era todo de los carteles de comedia que se fijan en las esquinas.

— Esta es la tela que comúnmente me sirve de forro, y si todavía tienen

curiosidad de ver lo que hay en mi guardarropa, contentaré á ustedes. Helo aquí.

Y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de esterilla vieja de plata falsa; una gorra muy raída, con un penacho de viejísimas



... alternando con tan frecuentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dejamos enteramente pez con pez

plumas; unas medias de seda con más agujeros que un cribo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de badanilla encarnada.

— Ya ven ustedes ahora que soy medianamente infeliz.

— Eso es lo que me admira, le replicó Diego. Pues qué, ¿no tiene usted mujer ni hija?

— Sí, señor, respondió Zapata; pero vea usted la desgracia de mi estrella; tengo mujer moza, mas no por eso estoy más adelantado. Caséme con una lin-

da comedianta, esperando que no me dejaría morir de hambre; pero por mi poca fortuna, dí con una mujer de juicio y de un recato incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaría como yo! Una mujer virtuosa, que era del número de los cómicos de la legua, me había forzosamente de tocar á mí en suerte.

— Seguramente es desgracia, dijo el barbero; pero ¿por qué no se casó usted con alguna bonita comedianta de las compañías de Madrid? Entonces sí que lograría su intento.

— Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de la legua no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroínas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del corral del Príncipe, y aun en ella se ven muchos precisados á casarse con otras mujeres que no son de la profesión, y por fortuna suya Madrid es bueno, y se suele encontrar en él algunas de dichas mujeres que se las pueden apostar á las princesas de teatro.

— Pero qué, le replicó mi compañero, ¿nunca pensó usted entrar en alguna de las compañías de la corte? ¿Acaso se necesita un mérito consumado para lograrlo?

— ¡Bravo!, respondió Melchor; usted se burla con su mérito consumado. Veinte actores hay en cada compañía; pregunte usted al público lo que piensa de ellos y oirá cosas bellísimas. Más de la mitad por lo menos merecían ir cargados como yo con la mochila, y en medio de eso no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos, pues se necesita dinero ó grandes empeños que suplan por la habilidad. Ninguno puede saberlo más bien que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo más aturdido de palmadas y silbidos que todos los diablos, sin embargo de que me prometía ser muy aplaudido porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome y torciendo el cuerpo hacia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama mientras yo estaba declamando. En una palabra, representaba imitando la escuela que el vulgo celebra en los grandes actores; y en medio de eso, lo que aplaudía tanto en otros no lo podía sufrir en mí. Vea usted cuánto puede la preocupación. En vista de ello, no acertando á dar gusto y no teniendo medio para ser admitido en la compañía á pesar de todos los silbidos de la mosquetería, dejé á Madrid y me vuelvo á mi Zamora, donde está mi mujer y mis compañeros, que no hacen allí gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder pasar á otra ciudad, como más de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto, nuestro príncipe dramático se levantó, echóse á cuestras la mochila, ciñóse la espada, y despidiéndose de nosotros:

— Adiós, nos dijo con mucha gravedad; quieran los dioses inmortales derramar sobre ustedes á manos llenas sus favores.

— Y quieran los mismos, le respondió Diego en el propio tono, que halle usted en Zamora á su mujer mudada y mejor establecida.

Luego que el Sr. Zapata nos volvió la espalda, comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzamos á silbar para que no se le olvidasen tan presto los silbidos de Madrid. Con efecto, creyó que todavía le sonaban en los oídos; y volviendo la cara y viendo que nosotros nos divertíamos á su costa, lejos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba y prosiguió su viaje dando grandísimas carcajadas. Correspondimosle por nuestra parte con grande algazara, y cogiendo otra vez el camino real, seguimos nuestra marcha.